

LA ISLA DE LOS CÁNTICOS

Hubiera sido bello como un sueño en la más fina altura de la noche, haber oído de la propia voz de María Eugenia Vaz Ferreira, el relato de su estado de espíritu en el momento en que concibió para título de su libro de poemas el de "La Isla de los Cánticos". Hacen soñar estas cinco palabras con el alma errante y atormentada de todos los viajeros y con lo que tiene de maravilloso y profundo el viejo mar océano, entre cuyas olas asoma su frente de música la isla de vírgenes piedras donde cantan las bocas de la tempestad y las orquestas crispadas del viento. Allí la aspereza de la sal y la suavidad del musgo marino se unen hasta las más terribles honduras. Allí el coro de las estrellas y el coro de los caracoles de entrañas musicales, evidencian la misteriosa armonía del Universo. Allí los pájaros de armónicos vuelos y las grandes aves de los sueños giran en divinos círculos, cada vez más altos y perfectos. Allí, las mañanas se levantan como himnos, los crepúsculos se pliegan como los deseos demasiado grandes, y las noches ascienden desde las viejas piedras del mundo hasta desbordarse por encima de los abismos. ¿No es, acaso, la Isla de los Cánticos la propia alma de la poetisa? Diríase por momentos, frente a esa isla de música y de ensueños, que los recuerdos se nos dispersan por las doradas islas de Grecia, visitadas por los más hermosos dioses que han he-